

CHARLAR Y TAPEAR



Luis 2002



or un euro - moneda moderna, engañosa -, un tubo de cerveza y dos trozos de chorizo. Otro tubo y dos tapas distintas. En este caso, dos morcillas. Un tercer tubo y dos costillitas de cordero....etc, etc.

Con tres tubos o cañas y sus acompañantes tapitas se come o se cena. No obstante, si te has quedado con hambre, puedes elegir los variados menús: entremeses, sopa con tropezones de jamón, unas papas fritas a lo pobre con un huevo, una chuleta de cerdo o cuatro costillitas de cordero con guarnición, pan, bebida, postre y café. Importe total, cinco euros. ¿Quién da más por menos?

Si el precio es importante, no lo es menos la calidad. La materia prima de estos productos casi viene del cielo; viene de lo alto, curada en el Veleta o Trevélez, allá arriba, entre el azul y el manto blanco de la sierra.

Esta mañana me desperté muy temprano, harto de descansar en el absoluto silencio que existe en

las casas y cuevas, y me marché a saludar al tabernero con la excusa de tomar un café. A la par entró en la taberna un abuelo con boina zurcida, azada al hombro y unas botas de goma hasta las rodillas. Pronto me entero de que lo han levantado hoy a las seis de la mañana, cuando las gallinas aún están descansado y los profesionales de la limpieza buscan a tuestas las calles. El abuelo va directo al mostrador y pide una copita de aguardiente:

- Es que miren ustedes - nos dice al tabernero y a mi -, es que voy a regar y hay que espabilarse. Me han “avisao” muy temprano. ¡Vaya horitas de avisarme! ¡Vaya horitas de regar que me han puesto!

Dicho lo que tenía que decir, se bebe de un trago su copita, deja los sesenta céntimos sobre el mostrado y se va con un “queden ustedes con Dios”.

El tabernero y yo solemos tener las mismas malas o buenas costumbres de acompañar al sol en su amanecer, claro, radiante y emprendedor.

- Yo porque tengo que hacerlo por el negocio, pero algún día me da un “tacatún miserere” - me dice el tabernero, mientras me sirve un cortado.

Y entramos en charla. Hablamos de muchas cosas. Teníamos ganas de echar un buen rato. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos. No tardó en hacerme un resumen de su vida desde hace, al menos,

siete años. Las memorias las escriben pocos, pero casi todo el mundo las cuenta, particularmente en los trenes - a cualquier desconocido- o a los conocidos, tras largos años sin verse.

Mientras lo escucho y sorbo el café, observo el lugar. Estas tabernas son fresquitas en verano y están protegidas en invierno por los ochenta centímetros de grosor de sus paredes. Las vigas de su techo están bien revestidas de grasa: jamones, salchichas, gutifarras, salchichones, morcillas, tocino con veta de magra y chorizos picantillos. Productos todos que le hacen guiños al vino. En un extremo del mostrador veo un pan enorme. El pan ha madrugado más que yo. Es un pan redondo de más de tres kilos, hecho al estilo de antaño, aunque amasado por máquinas. Es un pan que tiene fama por estos entornos.

Contadas las peripecias de su vida por el y oídas por mi, abrí el monedero para pagarle el café.

- Hoy no pagas, a condición de que no dejes de venir por aquí a media mañana para que pruebes las tapitas que preparo.

Y así lo hice hacia el mediodía y al momento entramos en otra conversación, esta vez más variada, recorriendo noticias locales y anécdotas del negocio. En un momento le pregunto por qué cobra tan poco.

- Mira, niño, yo trabajo y vivo con esto y tu, si te vas agustito y contento, mañana repites y vuelves.

Pero si me subo por las nubes, no hago ni para comer porque “naide” entra. ¿No ves que hay mucha competencia?

Y diciendo esto, coge y llena una buena y fresquita jarra de cerveza, se pega dos buenos latigazos, y mientras me prepara unas tapitas de chorizo asado con un vasito de vino, me sigue diciendo:

- Tu sí que lo hiciste bien... bueno... tus padres que te mandaron a estudiar y ahora, ¿ves?, como un señorito...

Y echándome su fornido y cariñoso brazo sobre el cuello, me susurra:

- Vamos a brindar por estar otra vez juntos en el pueblo, aunque tú seas de más categoría.

- No, hombre, no; que todos somos iguales. Cada uno en su oficio debe esforzarse por ser el mejor y el más inteligente; y tú lo eres, pues les estás quitando los parroquianos a los demás que se suben a la parra y no saben que muchos poquitos hacen un mucho.

- ¿Ves? Tu sí que sabes, tío... Pues eso hago yo sin estudiar - me dice esto riéndose y enseñándome los escasos dientes que le quedan en sus encías, recordándome ciertos picos de montaña que existen en dirección a Granada. A uno de estos picachos se le denomina casualmente “el diente de la vieja”. Con razón dicen que la experiencia es la madre de toda

las ciencias. Y para eso llevo yo mucho tiempo en este negocio; es un local pequeño, pero para mí solo me sobra.

- Bien cierto es. Quien mucho abarca poco aprieta - le confirmo yo.

- Anda, acaba el chorizo, que te voy a preparar unas lonchitas de jamón que quitan el sentido. Tu sabes de dónde viene, ¿no? De lo alto... Y también te voy a poner unas berenjenitas que quitan el hipo.

Llena dos tubos de cerveza. Se pone delante el primero y me alarga el segundo (el orden de los pronombres no es falta de educación; es gramática pura: el yo siempre va delante; es la primera persona). Y continuamos hablando y hablando, charlando y charlando -según dice él-, notándole yo como si escondiera algo y quisiera contármelo, dando muchos rodeos, moviendo la cabeza en círculo. Como no quiero que entre en un tema que intuyo triste, se lo capeo:

- ¿Cómo es tu trabajo aquí?

- Mi vida la paso tranquilo aquí, yo solito. A ti la vida te lanzó por ahí. Yo también debería haber volado, pero aquí en nuestro pueblo, paisano, hay aire sano, brisa suave, rocío blanco, respiración muy buena que ensancha los pulmones y frío que cura a los marranos y a nosotros.

- Hombre, yo quiero mucho a mi pueblo,

aunque lo abandonara muy niño; y ahora aún lo aprecio más, con el bonito nombre que le habéis adjudicado, Valle del Zalabí.

- Es guapo, ¿verdad?

- Pues sí; la verdad que es hermoso y onomatopéyico.

- ¡Hombre, paisano, no digas palabrotas!

- Bueno otro día te explicaré lo de onomatopéyico más despacito.

- Mejor, porque la cabeza no la tengo hoy para discurrir mucho.

En silencio ambos pasamos unos minutos que él aprovecha para colocarme delante otras tapas. Yo rompo el silencio, diciéndole:

- Mi vida está ya por otros aires, en otras latitudes, pero este pueblo es mío también; aquí me parió mi madre, en una pobre y decente cueva. Aquí mi padre, agricultor, que Dios lo tenga en su gloria (el tabernero eleva una pizca su boina negra en señal de respeto) desgastó sus callos con la azada y la hoz.

- Así es, que yo lo conocí y muy pocos le ganaban en segar a destajo. Buen trabajador y mejor persona. De tal palo tal astilla.

-Gracias, paisano.

Llega un hombre de mediana edad, con su pelliza abotonada hasta el cogote. Según entra, me

dice el tabernero:

- A este lo conoces tu.

- No caigo...

- Sí, hombre, es de Exfiliana, ese pueblo que está ahí al lado. Es un buen cliente; viene mucho por aquí. Es el cuñado de Angustias... ¿no?

- Pues no caigo...

- Lo de siempre, ¿no? - le dice el tabernero al cliente - Pues sírvete tú mismo, que estoy hablando aquí con un viejo amigo.

El hombre me hace un gesto de saludo y pasa adentro del mostrador, se echa su chato de vino de garrafa, se lo bebe de un trago, deja cuarenta céntimos de euro encima de la máquina registradora y casi mascullando un “hoy sí que hace frío”, sale por la puerta, diciendo: “¡Que Dios vos guarde”.

-Adiós, friolero - le responde el dueño.

Según avanza la mañana y se acerca la hora de comer, van entrando varios hombres; algunos son albañiles, conocidos de ambos.

- Qué, niño, ¿dando una vuelta? - me dice uno de ellos.

- Pues sí, ahora que la madre vive, vengo con más frecuencia para que disfrute de mí y yo de ella, porque una vez que muera, ya da lo mismo. Lo que se ha de hacer, se debe hacer en vida.

-Eso, eso digo yo -responde uno de ellos.

Aprovecho que el tabernero se levanta de la mesa dispuesto a servirles para intentar levantarme yo y despedirme, diciéndole en voz alta:

- Es hora de irme ya; es hora de comer y estarán mi mujer y mi madre preocupadas.

- Espera, espera, niño.

Y con toda rapidez se dirige a la nevera y me pone en una copita un licor:

- Tómate esto que hace muy buena digestión.

Efectivamente, yo ya estaba haciendo la digestión, porque comer en casa no era ya mi intención ni ganas tenía para ello. Mientras saboreo esa deliciosa copita de no sé qué licor, dialogo con los albañiles, hablando, como ocurre en estos casos de todo y de nada.

- ¿Qué te debo? - le digo al tabernero.

- Lo dicho.

- ¿Y qué es lo dicho si no me has dicho nada?

- Pues eso. Con tu charla y la alegría que me has dado de volver a verte, después de tantos años, ya me has pagado bastante. A mi me gusta hablar con la gente “instruía”.

- Pero no, hombre, esto no es así.

- Esto es como yo diga, que para eso soy el dueño.

En el momento en que voy a despedirme de todos los paisanos, entra una señorita (según me

comentaron después), rellenita y con un contorneo natural que parecía que lo hacía adrede. Nos puso los dientes más largos que los pinchitos morunos que servía mi paisano el tabernero.

- Sirve aquí un vermut - dijo con voz melosa.

- Lo que tú quieras, “mialma,” y te lo pago yo - le dice el más delgado de la cuadrilla de albañiles.

- No te hagas ilusiones, espagueti, que contigo no tiene ni para empezar y encima la estanquera tiene novio, replica el más fornido

La muchacha toma su consumición, paga sus cincuenta céntimos y contorneándose en plan algo provocativo, sube los dos peldaños que separa el bar de la calle, mirando de reojo a los que estábamos allí tranquilos, y se pierde por las estrechas callejuelas.

- ¿Te has fijado? - me dice el señor Leandro con el que me topo al salir del bar -. En mis tiempos no se veía una muchacha en el bar.

- ¿Y ahora?

- Los tiempos han cambiado y seguirán cambiando. Todavía el bar es cosa de hombres de lunes a viernes. Los sábados, domingos y festivos, son una excepción y a la mujer que le apetece, acompaña al marido.

Apenas dados unos pasos, veo venir hacia el bar a cuatro octogenarios adictos al dominó, a echar

sus partidicas. Han comido pronto y son puntuales. Al cruzarme con ellos saludo cordialmente a tres de los abuelos; al cuarto, le doy dos besos; es mi tío.

- Niño, cuando termine la partida voy “pallá”.
¿Vas a estar en tu casa?.

- Sí, tío.

Cojo rambla arriba en dirección a mi hogar, pensando en gente como el tabernero. Buena gente cuya vida consiste en ganar unos euros, bebiendo y charlando con el cliente, haciendo de su bar un foro de charla y amistad, un lugar de esa felicidad barata que la gente necesita al precio, también barato, de unas tapas..



LOS ANCIANOS DEL PUEBLO



Tibio sol de mediodía de invierno. Gorra, boina o sombrero; cayado, bastón o vara de cañaveral; alguna que otra pelliza forrada de piel de oveja, chaquetón largo o chaqueta zurcida; alpargatas esparteñas o botas. Ahí se juntan los ancianos del pueblo, sentados en cuatro bancos de madera de castaño, junto a una acacia de largas y peladas ramas, al lado de la carretera nacional.

Son nueve los que hoy están allí. Sumados sus años, rondan los setecientos cincuenta. De salud global algo desiguales pero ninguno exento de esos achaques que se distribuyen un poco caprichosamente: hernias, escoliosis, artrosis, prótesis desgastadas y algún que otro inicio de alzheimer que les dan motivo de conversación colectiva.

- Ayer no vi al «Malgenio».

- Anda malucho.

- Lo que anda es perdido. Ayer mi Antonio lo tuvo que poner en dirección a su cueva porque no sabía dónde estaba.

- Desde que se le murió su hijo de cáncer se ha venido abajo.

- ¿Abajo? Se pasa todo el día con la cabeza entre las manos mirando al suelo.

- Hay que ver el geniazo que tenía y ahora está como un flan.

- No le pusieron el Malgenio por las buenas.

- Hasta las mulas que tenía para el trabajo le tenían pánico.

- Hay que ver lo que es ahora.

- Nos vamos haciendo viejos y las cosas ya no son iguales.

El ritmo más lento de sus manos agrietadas, que mueven al hablar, confieren a sus expresiones carácter de sentencias. Hablan de todo, de lo antiguo y de lo nuevo; generalmente estableciendo comparaciones. Son la historia viva del pueblo. Pero los acontecimientos hirientes del pasado han perdido en ellos sus filos cortantes:

- A mi me tocó ser rojo y a ti nacional. Y ¿qué? Yo no tenía muy claro de qué iba eso. Yo creía que con los rojos iba a haber menos hambre y menos señoritos.

- Hombre, es que las cosas iban muy mal y había que poner autoridad.

- Autoridad es lo que hace falta también hoy

en día. Hay que ver lo desvergonzados que están hoy los muchachitos.

- Eso digo yo. Para rato iba yo a levantarle la voz a mi padre.

- Cuando yo lo pasé peor fue al acabar la guerra. ¡El hambre que pasamos!

- ¿Y aquella cartilla de racionamiento?

.....

- ¿Os habéis enterado de lo de la Juana?

Alguien ha citado a Juana. La conversación de pronto toma otra deriva y, saltando años, se coloca en el presente. De ese modo hablan de todo, pero las circunstancias que impone el paso del tiempo convierten en recuerdos temas que antes habían sido de preocupación diaria, de rabiosa actualidad. Antes hablaban de la sementera, del arado, de la grada, de la mula torda, de la siega, de la hoz y la trilla, de la vaca mal parida, de las amenazas del tiempo. Les iba en ello el sustento, la vida familiar. Ahora son pensionistas, con recursos garantizados, por breves que sean.

Por la tarde no puede faltar la partida. Hacia las cinco, unos con su joroba, con su bastón, con su barriguita embotijada, con un cigarro en los labios o con un palillo entre los dientes, se ponen en camino hacia el salón de los jubilados, denominado también

de los pensionistas o -siempre con humor cariñoso- de los “marujos” o de los gandules.

Las mesas están preparadas con el dominó y las cartas sobre ellas. Los ancianos se distribuyen por ellas según los juegos. La encargada del bar, señorona bien plantada, con unos pechos como topes de tren, va atendiendo sus pedidos. Aquí una copa de coñac, de aguardiente, allí un cafetito, y para los ardores de Javi el “Buchón”, al que su apodo bien define, un agua tónica.

Dice el refrán que “en la mesa y en el juego se conoce al hombre luego”. Y así es. Manolico el de Carranque, apodado así por sus modales de altanería y soñada grandeza, con sorna y sonrisa de triunfador, comienza la partida de cartas de su mesa. Con un chasquido, como si desenvainara, saca y coloca la sota de oros sobre la mesa, echa mano de la copa de aguardiente que ha pedido y se la bebe. A su lado está Felipe. Puede hablar de cualquier cosa pero, en tanto que mirón, ha de guardar absoluto silencio respecto al juego. Esa es una norma muy rígida y respetada en todo sitio.

- Manolo, tanto aguardiente te va a sentar mal.

-Más vale morir “jarto” que no sediento. ¿”Tanterao”, Felipe? ¡Pues “pa” ocho días y una siesta que nos “quea”..!

El que golpea el mármol de la mesa de dominó, colocando las fichas con estruendosos zarpazos, es Pepón el Largo. Francisco el Molinero, por el contrario, cuando sabe que va a ganar, esconde su ficha debajo de la mesa como el que guarda un tesoro y cuando le toca el turno la saca suavemente, cierra el juego y recoge contento los ochenta céntimos del pozo y se los mete en el bolsillo mezclándolos con la navaja de pico curvo, que es uno de los utensilios que más servicios presta a la gente de campo.

A las ocho se cierra el Salón del Hogar del Pensionista. Unos van a ver si la “parienta” les ha preparado la cena; los viudos, se marchan a casa una hermana o de algunos de sus hijos; otros, aunque viudos, se marchan solos a sus cuevas. Es el caso de mi tío “el Pillo”, que sale del Hogar con una botella de vino tinto corriente bajo el brazo para apurarla en la cena.

Si al atardecer, cuando el sol se esconde, doblan con clamor misterioso las campanas de la torre, los ancianos no dudan ni se equivocan cuando pronuncian el nombre del difunto. “Hoy le la tocado a Tomás el Carrasco”. Anoche se lo llevaron al hospital de Granada y esta mañana lo han traído al pueblo para que de sus últimos suspiros entre los suyos. Vestidos con sus mejores trajes oscuros despiden al amigo que pasó hambre, como ellos; superó la

fatídica guerra como ellos; labró los campos, hizo la sementera y segó el trigo en las eras como ellos. Y ahora, ellos avivan los recuerdos, los buenos y no tan buenos. Lo acompañan al cementerio gorra en mano. Antes le han dicho la misa y el reponso, deseándole un eterno descanso. Lo dejan allí donde el silencio habla y regresan a la vida de siempre. Algunos pasan por la taberna como de costumbre.

El mundo de las ancianas es diferente. Salvo caso de postración por enfermedad, las ancianas son menos sedentarias; siguen activas en las faenas de la casa; son ellas las que particularmente cuidan de los nietos. Sacan incluso tiempo para ir a la iglesia al rosario vespertino y se pueden pasar horas muertas charlando apoyadas en el quicio de la puerta.

No cabe duda de que la situación de los ancianos ha mejorado en la actualidad. La condición de jubilado, sin ser la gloria, les da una cierta seguridad. Lo triste en estos pueblos es que pensionista no equivale a jubilado. Hay hombres y mujeres que sin haber llegado a la jubilación por la edad están en situación similar al pensionista jubilado. Son los que cobran el P.E.R., limosna pasajera. Cuando lleguen a viejos, ¿de qué hablarán? ¿Cuáles serán sus recuerdos?

CON LA “SEÑÁ” FRASQUITA





El día estaba raso, las cunetas y balates del pardo otoño con el suelo mullido de hojas caídas; la rambla seca; el portón verde de la casa, abierto, y ella, pasito a pasito, paseando por la era lisa. Oye un coche e inmediatamente vuelve la cabeza y su ya débil cuerpo apoyado en una muleta. Se le cambia la cara, y se le riegan los surcos de sus mejillas, hace ya tiempo marcados, y a mi se me hace un nudo en la garganta al abrazarnos y besarnos. Y en el momento más tranquilo de la sosegada y silenciosa tarde le digo:

- *Madre, te quiero hacer unas preguntas.*

- Tú dirás, hijo mío - me responde.

- *Vamos a la salita.*

Cogida a mi brazo y a su muleta, nos adentramos. La salita está repleta de retratos familiares, bodas de sus hijos, nietos y biznietos. En lugar preferente, el de mi padre. No podía faltar el almanaque de Fray Leopoldo. Tiene televisión, casi de adorno, pues cuando está sola se entretiene rezando el rosario

y leyendo la Biblia, que casi se la sabe de memoria.

Me agarra la mano con la suya en la que detecto el calor propio de las madres.

- Tú dirás, hijo - me dice.

- *Tu naciste...*

Mira, hijo (se queda pensativa), nació el mismo día que tú pero en septiembre de 1921. Cuenta a ver si tengo ochenta y cinco años... Nací en una cueva, parecida a la cueva en que tu naciste, pero un poco más pequeña. Era una cueva alquilada. A mi madre la ayudó una partera, que es lo que había antes, y a la luz de un candil.

- *¿Durante cuánto tiempo fuiste a la escuela?*

-Fui un año sólo, pues tu abuela cada dos años traía una criatura al mundo y como yo era la mayor pues tenía que cuidar de mis hermanicos. Fui a la escuela de Dña. Resurrección (¡que no se me olvidará!) y aprendí mucho. El hermanico que venía detrás de mí, el chacho Antonio, que ahora está malico, como sabes, con una trombosis cerebral (se le saltan las lágrimas) y yo teníamos que ayudar a nuestros padres. Yo iba a servir a casa de mi comadre por sólo la comida. Y mi hermano Antonio pues a trabajar en la vega con su padre. Primero vivíamos aquí en el pueblo, pero cuando yo tuve diecisiete años, le dejaron a mi padre una cueva para que cuidara de las tierras que tenía un señorito que era de Elche. Y

nos fuimos a Piena, que así se llamaba la tierra del señorito. Desde allí no podía venir a la escuela, pues sabes que hay dos kilómetros más o menos y además yo le hacía falta a mi madre. Así que casi no he estudiado nada. Cuando tú estabas en el seminario te escribía todo seguido, pero tú me entendías ¿no?

- *¿Cómo conociste a papá?*

- Pues hijo, antes de irse a la guerra no nos conocíamos, aunque él vivía en un barrio y yo en otro del mismo pueblo y el pueblo era muy chiquitito y no había mucha gente, pero yo no tenía tiempo de mocear. Cuando nos fuimos al cortijo pues yo escribía a un primo mío, el Manana, hijo de la chacha Tragaera, que te acuerdas que os daba las castañas. Y una vez que leyó una carta estaba tu padre delante. Se llevaban muy bien, eran muy amigos y le dijo: - Amigo Miguel, tengo una prima muy guapa y sabe escribir y todo. Mira - le dijo enseñándole la carta -, cuando terminemos esto te la presentaré. ¡Cuánto quiero a mi prima!

Venían las madres para que yo les escribiera a sus hijos, con lo poco que yo sabía. Cuando terminó la guerra y todo eso, vino mi primo y su amigo Miguel y me lo presentó. Nos gustamos y empezamos a salir, pero muy poco. Cuando venía yo al pueblo a ver a los abuelos, se enteraba e iba a verme; y los jueves y domingos, que es cuando tenía yo menos

trabajo, subía él al cortijillo. Cuando se bajaba me daba pena, pues no se veía y no había ni linterna ni nada. Y si no había luna, podía caerse por cualquier sitio. Y el miedo más grande era a los civiles.

- *¿Cuándo te casaste? ¿Cómo fue el viaje de novios?*

- Me casé a los veintidós años. Tu padre tenía veintisiete. Nos casamos en la iglesia que tu conoces. Y nos fuimos a Granada, a una fonda que se llamaba “San Carlos”, lo más económico que encontramos. Los vecinos y tus abuelos nos metieron chorizos y morcillas en una fiambra y medio kilo de pan. Lo pusimos, con una ropilla que llevamos, en una maleta de madera, atada con una soga de esparto. Y eso fue todo. Estuvimos cuatro días dando paseos de aquí para allá, sin gastarnos nada. ¡Si no teníamos! ¿qué íbamos a gastarnos? Conocimos a Fray Leopoldo que ya tenía fama de santo. Y como tu padre estaba enfermo, -él no creía- yo se lo encomendé a él y se curó. Ahora le tengo mucha devoción.

- *Háblame de nosotros, tus hijos.*

- Pues ya lo sabes tú, hijo; sois cuatro y un aborto que tuve cuando estabas tú en el seminario; que no te enteraste hasta que no saliste de allí. Yo te escribía y te lo decía, pero, por lo que se ve, no te daban las cartas.

-*Pues no, madre, no me enteré. Y bien dices*

que no me entregaban todas las cartas; había censura.

- Sólo hemos podido darte estudios a ti, como mayor, por unas circunstancias y a tu hermana Paqui, la menor, por otras.

(Veo a mi madre algo cansada; se echa dos tragos de agua de la botella que siempre tiene a su lado. Me ofrece agua. Bebo un trago y le pregunto si está cansada).

- No, hijo, no. Me gusta enterarte de todo lo que no sabes. Como tú ves, yo todito lo que te digo es la pura verdad.

- *Pues sigue.*

- Tu naciste en una cueva; no en esta que es nuestra sino en otra que teníamos alquilada, un poco más arriba, que está casi en ruinas; la que está por encima del Churri. Y todo fue como cuando nací yo. Vino una mujer que se dedicaba a sacar los niños al mundo. Tu saliste asfíxiado; te tuvo que meter en agua fría y caliente durante media hora hasta que empezaste a llorar. Te voy a contar una cosa que te pasó. Mira, una tarde, cuando tu padre y yo llegamos de segar, tú estabas con tu abuela, la madre de tu padre, la Marrita, y con tu primo Paco, el del Pulgas. En esto pasa una mujer y le pregunta a Marrita: ¿Cuál es el niño de tu Frasquita? Ese, le dijo tu abuela señalándote. La mujer se fue y tu empezaste a ponerte

malo y con fiebre. Te llevemos a una curandera, nevando y todo. Nos dijo que te teníamos que volver a llevar dos veces más seguidas. Cuando te cogió la primera vez, empezó a sudar la curandera. Y así hasta que tu empezaste a reír y con ganas de jugar al tercer día. Yo no sé, pero eso lo vi yo. Y como no comías mucho cuando bebé, pues si yo veía que chupabas de la teta algo, aunque yo tenía heridas y grietas en los pechos, yo te dejaba para que te alimentaras, y mamabas leche con sangre. Por eso has salido tan gordo de barriga -(comenta, riéndose.)

- *Imagino que de niña comías lo que comíamos nosotros.*

- Miguelico, hijo, pues lo que había en casa: migas, gachas, talvinas, cocido, tocino, morcillas, butifarra, manteca, bocadillos de pan con aceite y un terrón de azúcar y lo que daba la hortaliza. En el cortijo yo comí hasta gato, sin enterarme. A veces cambiaba algo de trigo por arenques para vosotros, porque os gustaban mucho con las gachas de maíz; y así todos los días. Una vez al año, tu padre cogía un conejo del corral y lo mataba para hacer arroz, el día de la fiesta mayor del pueblo, el día del Santo Cristo.

- *¿Cómo os sentó cuando os dije que me quería ir al seminario?*

- Hijo, al principio mal, pues eran dos manos

menos en casa para ayudar al sustento de la familia. Cuando tu padre (cada vez que lo nombra mira su retrato) y yo veníamos subidos en las burras y entramos en la era, tu de sopetón me dijiste que te gustaría ir con los curas. ¿A ti qué te parece? De pronto; sin saber nada de nada. Luego lo aclaramos con Don Gumersindo y Don Flavio, los maestros, y nos convencieron, y lo vimos bien porque era la única manera de que pudieras estudiar, ya que nosotros no teníamos posibilidad de darte estudios. Lo que peor nos sentó a tu padre q.e.p.d. y a mí es que te tiraste seis años sin venir a vernos. Era como si ya no nos quisieras y no tuviéramos hijo. Y un hijo duele mucho para que luego se olvide de sus padres.

- *Ya sabes que no fue culpa mía.*

- Ya lo sé hijo, ya lo sé. Pero esa “gechuría” no se hace con un niño ni con sus padres. En fin ya pasó todo.

- *Y cuando dejé el Seminario, ¿qué pensasteis?*

- Pues, hijo, que nos sentó muy mal que te salieras porque ya estabas tú colocado y bien colocado y muy bien mirado y con el orgullo de tener un cura en casa, que eso era muy importante para los que vivíamos en las cuevas. Y más en la época de Franco. Todas las de las casas venían a pedirte consejos, y yo decía entre mí: “van a sacar a mi Miguelico de los curas.” Y así fue. Cuando estabas

de curilla ibas con el médico, el maestro, los guardias civiles, con el alcalde... y con los de las casas. Echabas unos sermones que todo el pueblo me venía a felicitar. Cuando te saliste se olvidaron de ti. Y me dio mucha rabia. Quizás tú me viste la rabia y la pena y por eso decidiste irte por ahí, quedándoseme clavada en mi corazón las palabras que me dijiste: “Me voy, mama, a buscarme la vida, pues no quiero comerme lo que papá y mis hermanos están ganando con tanto sufrimiento y sacrificio”. Y te marchaste a Barcelona. Luego fue tu padre a ver dónde estabas. Y se vino contento porque estabas de maestro en el Prat. Tampoco se me olvidan las veinticinco mil pesetas que tenías ahorradas y que se las diste a tu padre en un sobre y le cosiste el bolsillo de la chaqueta para que no se perdieran. Era mucho dinero en el año 1969.

- *Y hablando de dinero, ¿cuánto cobras?*

- Lo mismo que todas las viudas, ¿no? En euros no sé contar, pero en duros me dan unos trece mil. Pero tengo que pagar muchas cosas, hijo, y gasto mucho butano pues esta planta baja de la casa es muy fresca en invierno. Todo lo que me pagan me lo como y también voy a algunos médicos de pago. Papa pagó los sellos para que no me faltara para comer. Y ya he comprado, como tú sabes, mi nicho en la segunda fila para que cuando limpiéis el día de

los Difuntos no os cueste trabajo como el de tu padre, que está en la última fila. Cuando me muera ponéis a tu padre conmigo. (Ahora a quien se le salta las lágrimas es a mí, y me las limpio sin que ella lo vea).

- *Hablando de papá, ¿de qué murió exactamente?*

- Tú sabes que siempre estaba fastidiado del corazón, que no podía respirar bien. ¿Te acuerdas de que te habló esa misma mañana por teléfono para que no vinieras porque había muchos coches por las carreteras?

- *Sí que me acuerdo. Era el Miércoles Santo del año 1994.*

- ¿Y que dos horas después te llamó tu primo Juan para que te vinieras porque estaba muy malo? Pues ya viste, estaba muerto. Y a mi me llamaron de la peluquería. ¿Para qué habría ido yo a la peluquería ese día? ¡Maldita sea! Ten, lee... (Me pasa el parte de defunción donde se dice textualmente “ictus cerebral”).

Tu te acuerdas, hijo, de lo mal que se portó el médico de guardia, cobrándole a tu cuñado cinco mil pesetas por el parte.

- *Sí, hay gente que abusa del débil en circunstancias difíciles. Pero tu recuerdas cómo reclamamos al Inspector y nos devolvieron el dinero. Dinero que, por cierto, tu entregaste al INS para*

costear una silla de ruedas para algún pobre que no pudiera pagársela.

- Sí que lo recuerdo.

- Larga vida de trabajo, corta vida de disfrute, ¿verdad?

- Sí, hijo, así ha sido. No nos hemos dado un gusto en nuestra vida, y si te soy sincera me arrepiento; pues se fue tu padre a la tumba harto sólo de trabajar. Le gustaban las corridas de toros y sólo las veía por la tele por no gastarse dinero en una entrada.

- Creo que te estoy cansando. Así que ya está; seguiremos en otra ocasión.

- Esto es como si yo hubiera estado en la tele, ¿no?

- Mejor que en la tele. Lo que me has dicho se va a grabar en un libro que estoy escribiendo.

- ¿Qué tu estás escribiendo un libro..?

No le respondo. La cojo del brazo y me la llevo a cenar a mi casica de Picapiedras. Echo dos troncos en la chimenea y disfrutamos de su ya corta compañía, pues se acerca a los ochenta y seis años. ¡Dios mío! La observo hablando con mi mujer y, al mismo tiempo, miro los troncos y cómo el fuego los va consumiendo. Por muy grandes que sean, terminarán por consumirse y se reducirán a un puñadico de cenizas.

ASÍ ERA AQUEL HOMBRE



Andaba rondándole todos los días el Cuqui, perro sin raza especial, simplemente canina; era su compañero de camino tras sus pasos en los días de sol, de frío, cuando el rocío empañaba la era o cuando la nieve cubría los trigales. Así es la inmediata imagen que de él me viene a la cabeza.

Nunca amanecía la mañana, la despertaba él primero. Pudo y tuvo que aprenderlo, ya que a los quince años se quedó huérfano de padre y tenía que hacer las veces de cabeza de familia. Una maldita e inesperada neumonía rompió la talla de su padre y forzó su destino. Aunque algunas de sus cinco hermanas le superaban en edad, la norma del patriarcado descargaba en él toda su responsabilidad. ¡Demasiada responsabilidad para un muchachito quinceañero! Tenía que sacar a flote una casa -una cueva en realidad- habitada por su madre y sus cinco hermanas. Allí nadie se libraba del trabajo. La madre, a la que pasado el tiempo sus nietos llamarán “Marrita”

(mamá Rita), aportaba todo lo posible, haciendo costura a destajo. Hay quien la recuerda con las gafas prestadas por cualquier vecina para ensartar las agujas. Con todo, el trabajo más rudo le correspondía a él, al hombre, aunque sólo fuera un adolescente, de pequeña estatura además, como era el caso. Sobre sus hombros tendría que soportar más de un costal de trigo o de cualquier otro cereal, pero sobre todo la carga inmensa de toda la familia. Muchas noches tendría por techo las estrellas y por manto el hielo, la escarcha, la nieve, el agua, la oscuridad.

Nunca pudo asistir a la escuela. Lo que sabía lo aprendió a fuerza de “trueques” y “jornales”. Alguna que otra noche iba a casa de un paisano que sabía un poco más que él, quien por un real al mes le enseñaba lo poco que sabía. Fue la experiencia la que formó sus conocimientos en un campo de actividad que había sido y seguiría siendo hasta el final simplemente eso, el campo. El campo; más el ajeno que el propio. Porque poca era la tierra en propiedad para labrar con el “mancaje”, término muy difundido en la zona para designar el almocafre. Había que suplir la escasez de propiedad marchando a otras cuadrillas de mujeres y hombres para trabajar en los campos de los caciques del pueblo. Estos, subidos en yeguas blanquinegras de relucientes herraduras, delegaban el control de los jornaleros en el manijero.

Es sabido que el manijero, muchas veces con más escasez que lo propios jornaleros, con tal de contentar al cacique tirano, fuerza el trabajo de las cuadrillas, dándoles mal trato, haciendo realidad el dicho “no sirvas a quien sirvió”.

La solidaridad existe. Los otros agricultores, hombres bien curtidos y fuertes, le ayudaban a colocar sobre el aparejo de las burras el arado de hierro o de palo y los utensilios de labranza.

Si alguien está sometido al almanaque y a la luz solar ese es, sin duda, el labrador El ciclo se impone: sementera en invierno; labranza en primavera; siega en verano; poda en otoño.

Sus hermanas le seguían en las faenas del campo. Había días en que el aire sonriente se columpiaba en los sauces de los viejos ríos. Y ellas y él venían contentos; se había hecho una buena sementera.

Como jornalero afrontaba los largos días de labranza, que comenzaban cuando el sol empezaba a pestañear y terminaban cuando la montaña se lo tragaba y venía la noche. Lo que le resultaba particularmente dura al muchachillo era la labor de siega. De mayor preferirá segar a la luz de la luna. «Con el calor del sol -decía- la mies no está flexible y la caña de trigo se rompe descabezándose».

Con los ciclos idénticos de días, semanas, meses y años se le fue madurando insensiblemente la



Centro Espago 2007

vida. Maduro antes de tiempo, una pequeña variante delataba su mayoría de edad: al subir del campo al atardecer, cuando el aire olía a pan nuevo recién amasado, se pasaba por la taberna y tomaba un chato de vino antes de regresar a la cueva.

Con el tiempo sus hermanas se fueron casando. A él también le llegó la hora de formar una nueva familia. Mujer y luego los hijos fueron la única novedad en una vida que nunca se salió de su rutina laboral, con su arado, sus burras, la Parda y la Blanquilla y su perro Cuqui, animalito que, casi muerto de pena, lo esperó durante todo el tiempo de la Guerra y que siguió siendo su compañero de viaje hasta que le llegó su hora. Bajo un centenario almendro, casi siempre florido, lo enterró su amo.

La Guerra Civil, ese maligno enfrentamiento entre padres e hijos, hermanos y amigos, se le cruzó en la vida. Le tocó en suerte o por desgracia - no se sabe qué era mejor - ser “rojo”, sin comerlo ni beberlo. No levantó el dedo y le adjudicaron un oficio en el inútil enfrentamiento sanguinario: el de camillero. Se dedicaba a recoger heridos y muertos y llevarlos, a escondidas, atravesando ríos y vericuetos, al puesto de socorro u hospital de campaña.

Terminó la Guerra pero él quedó encarcelado en el cuartel de Pozo Blanco hasta que llegaron dos

paisanos del pueblo natal, considerados “avalistas”, que dieron testimonio verbal y por escrito de que era una buena persona y de buena familia. Inmediatamente le dieron la libertad. Volvió a ver los campos en flor, los verdes manzanos y a oír los alegres trinos de los pájaros en el trugal. ¡Pero cuántos no pudieron volver!

En la rutina del trabajo campesino fueron volando sus años con la propia constancia de la tierra en su órbita. Iba envejeciendo. La dureza del trabajo y su actividad en época de guerra habían abierto brechas en su salud. Arritmia cardiaca, reumas, artrosis, algún que otro hueso roto y mal soldado, goteras que se le venían encima, por más que él intentaba ocultarlas. Y con la gorra de pana, el jersey manufacturado por las manos de su esposa, con su ralla del pantalón bien marcada y su chaqueta impecable, comienza el calvario que le lleva de un médico a otro, de la Seguridad Social a la medicina privada. Se dice que algo le ayudó en la salud Fray Leopoldo, que aún vivía, a quien su esposa tenía enorme devoción.

Una mañana serena, la del 30 de Abril de 1994, su hijo mayor, que reside lejos del pueblo, recibe una llamada telefónica a las diez. Es su padre que le aconseja que no se ponga en camino hacia el pueblo

pues hace mal tiempo y está nevando. A las doce del medio día, sólo dos horas más tarde, otra llamada le comunica que su padre está muy mal. Al hijo el día se le vuelve noche; se pone inmediatamente en camino. Desde el puente llamado Fuente de la Eras ve a sus paisanos en la era, vestidos de gala, y oye las campanas de la torre tañendo el sonido más amargo de su vida. Le viene a la cabeza el día de su lejana infancia en que su padre estuvo a punto de morir. Habían ido a barcinar. Subían la cuesta del Portachuelo a la altura de la Cruz del Muchacho. El carro, sobrecargado de mies, se inclinaba peligrosamente hacia el lado en que su padre empujaba con todas sus fuerzas los radios de las enormes ruedas para que las burras pudieran subir la cuesta. El niño gritaba, se aferraba al torno del freno. Fue inútil. Su padre cayó por tierra malherido bajo el peso de la mies. Pudo ser entonces, pero es ahora cuando se le impone la evidencia.

- Pero ¿cómo ha sido?

- Sólo pudo decirle a tu hermana pequeña “me duele aquí”, señalándose el pecho.

Vida de humilde labrador de pueblo que, vista desde fuera y desde lejos, es anodina, monótona y sin relieve en superficie. Vista desde dentro, vida levantada ladrillo a ladrillo, hecha de tenacidad y

constancia a golpes de corazón, sacando a flote una familia heredada a los quince años y creando una nueva, a la que había conseguido dejar algunas propiedades: una casa, una era, cuatro pedazos de tierra, amén de invertir en los estudios de sus hijos.

No se escapó como no se escapa casi nadie de los apodos del pueblo. Lo llamaban el Gurruña. Sólo de 1,66 m de altura. Pero muy grande en bondad, en cariño, en responsabilidad, tenacidad, constancia, y trabajo, sabiendo encajar y disimular el sufrimiento, siempre pensando en los suyos.

Así era aquel hombre que recuerdo.
Aquel hombre era mi padre.



EL PUEBLO Y SU ALMANAQUE



Sentado sobre la vieja y mohosa máquina de trillar, en la punta de la era, pienso en los cambios que ha experimentado el pueblo. Más que el presente se me impone el pasado. Los recuerdos me brotan a borbotones, desordenados. La mirada se me va, sin querer, hacia el horizonte. El horizonte es lo lejano. De lo lejano, de una distancia de medio siglo, me llegan las imágenes. Me veo, niño, en el bullicio del pueblo en sus amaneceres. Habían cantado los gallos de corral a corral. La campana de la torre de la iglesia había martilleado las seis en las alturas. Cascabeles, cencerros, esquilas, ruido de carros, voces... El pueblo es sonoro. Sonoro y movido. Camino del campo van los agricultores con la azada al hombro; pasan burros con serones, mulos de tiro con el carro de vara, el ganado... Rambla abajo, cerro arriba, pasa la gente en busca del pan de cada día. Los niños, antes de ir a la escuela, ya han dado de comer a los animales de engorde en la cochinería y a las ponedoras en el corral. Las mujeres

a la par que los maridos emprenden su faenas; las abuelas - como siempre - cuidan de los nietos que, por entonces, solían ser de familias numerosas. Cada mañana parecía un calco de la anterior. Bueno, aparte las mañanas de los días de fiesta y algunas más especiales como eran las de las despedidas llorosas de algún emigrante camino de Alemania. De carácter ordinario eran las salidas o caminatas hacia Guadix, unos cinco kilómetros, para arreglar algún papel, hacer alguno trueque o realizar alguna compra más especial.

Pueblo de reducido número de habitantes; no más de ochocientos. Muchos de los cuales no tenían para alumbrar sus noches más que la luz de los candiles. Afortunado el que tenía un aparato de radio, aunque desafortunado siempre al oírla, pues en el pueblo era imposible oírla bien.

Callejuelas retorcidas, polvorientos caminos cobijados por inmensas eras escrupulosamente empedradas a nivel para la trilla. Sólo una carretera nacional, casi sin alquitrán, adornada de balates verdes a ambas manos y árboles centenarios. Un autobús, la Autedia, hacía el trayecto Almería-Granada y viceversa. El único coche existente en el Pueblo, que a su vez era taxi, era propiedad del Sr. Frasquitillo, buen conductor y mejor persona.

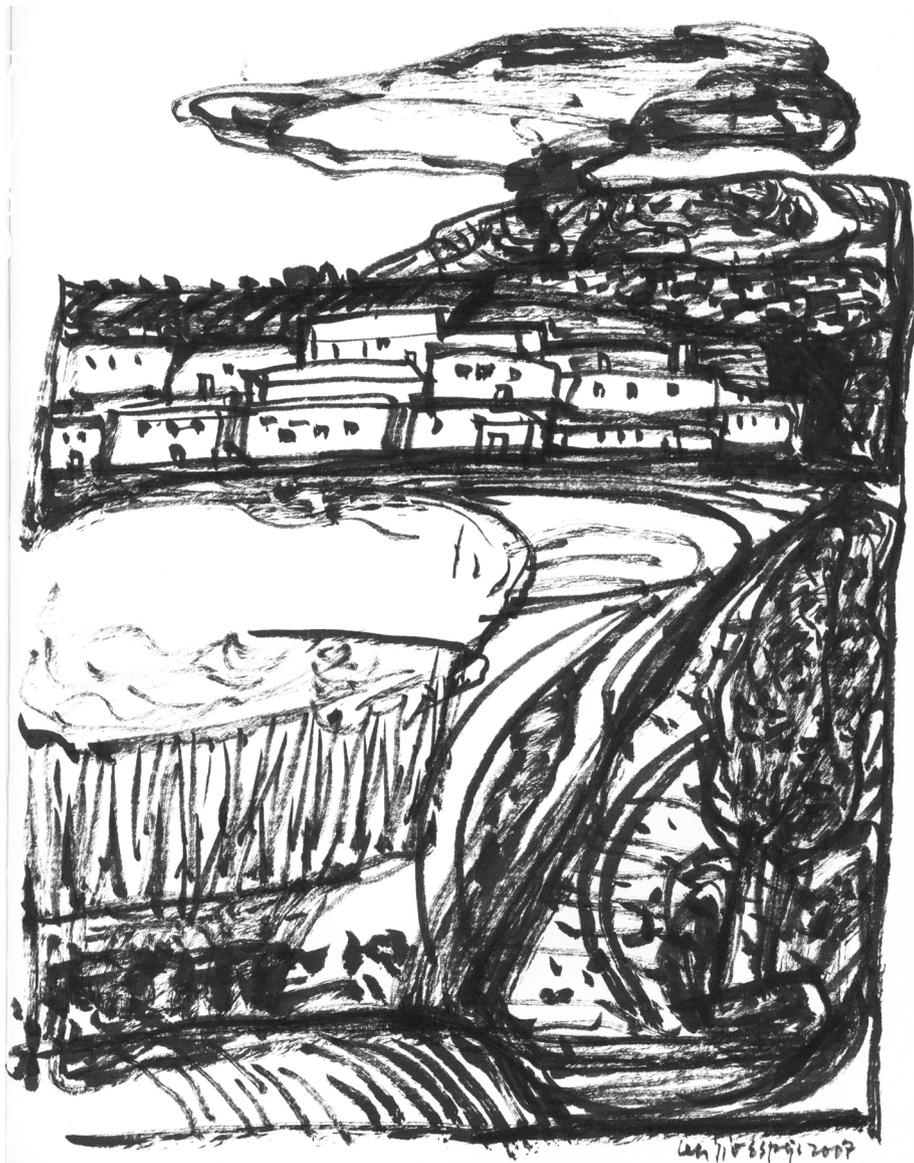
En el medio kilómetro de longitud que atravesaba el pueblo se ubicaban, a sendos lados, las casas, cuya categoría se las daban sus propios residentes, unos con dinero y otros con más apariencia que dinero. Pero eran gente de “las casas”; no eran gente de “las cuevas”. Los de las cuevas eran considerados de rango inferior. La verdad es que los de las cuevas, mal que bien, se apañaban de lo suyo para llenar sus estómagos, mientras que algunos de las casas, en los años de escasez de alimentos de la postguerra, hacían más ayunos de los deseados. Aquella era una marginación irracional, un clasismo que venía de atrás. Sólo si de las cuevas surgía alguien con carrera era parangonado a los de las casas.

La gente hablaba de lo suyo. Y lo suyo eran los cuatro acontecimientos sociales, alguna que otra habladuría que pasaba por todos los oídos, y, fundamentalmente, de las faenas del campo. Y el campo es el tiempo:

- La tierra está jugosa -comentaban los labriegos. Y sus caras se llenaban de gozo..

- Las papas van a crecer muy pronto; y también los cereales. Y los frutales van a despuntar antes de que el hielo les congele los tallos.

La vista de Sierra Nevada me evoca ahora la



2007. 11. 10. 637091. 2007

alegría con que la veíamos vestirse de blanco. Entonces las “pajaritas de las nieves”, revoloteaban y andaban por las eras con sus graciosos saltitos. Cepo y caza -diversión de los niños-; se estaba asomando tras la tapia del otoño el invierno. Con el pellejo de la vejiga del berraco fabricábamos las zambombas. No necesitábamos de El Corte Inglés para anticiparnos las fiestas. Nada llegaba de sopetón en el pueblo. La Navidad se preparaba bien. Las mujeres acudían al horno de leña a toque de tanda y elaboraban aquellos rosquillos exquisitos para la familia. Las despensas se aprovisionaban de todo lo necesario, pues la nieve y el hielo arreciaba y del campo poco se podía extraer. Era época de calorcito junto a la chimenea. Sobraba tiempo y el ritmo de las faenas, casi reducidas a lo casero, se hacía más distendido. La Navidad llegaba precedida de las “jornaditas”, de villancicos cantados con zambombas y panderetas, y los niños se disponían a pedir el aguinaldo. A la “Misa de gallo” no faltaba nadie; iban a la iglesia incluso los que no la pisaban los trescientos sesenta y cuatro días restantes.

La mente se me escapa ahora al mes de mayo, a los niños “con flores a porfía”, y de él se me va a la romería de la Virgen de la Cabeza, una de las fiestas más celebradas y cariñosas. En su ermita,

situada en el valle del Zalabí, que fue en su día asentamiento morisco, se concentraban alcudianeros y filianeros, los del vecino pueblo de Exfiliana. Unos acudían a pie; otros, a lomo de burra o en carros adornados; los más pudientes se hacían notar con sus jacas bien peinadas, engalanadas, con herraduras nuevas. Era el día del cumplimiento de las promesas por la curación de algún familiar o de algún animal, animal que casi era de la familia, parte de su sustento y de su vida. Se veía gente con los pies descalzos o arrastrando dos kilómetros sus rodillas por tierra, hierba y piedra. Las promesas, por duras que fueran, había que cumplirlas religiosamente. No faltaba algún incidente, más que accidente, de poca monta: en el bullicio y barullo del gentío algún caballo asustadizo se desbocaba y algunos romeros recibían pisadas de herraduras. La algarabía bullanguera se remansaba en un silencio sepulcral durante la media hora de la celebración de la santa misa.

Otra fiesta peculiar era la del Patrón del pueblo, San Buenaventura, el catorce de julio. Por esa fecha veraniega y por aquellos años ya había algún que otro lugareño emigrado al extranjero que regresaba al pueblo para tan señalada fiesta. La presencia de los emigrados se iba haciendo cada vez más importante, de tal suerte que el alcalde se permitía

trasladar el día del Patrón si a los nativos emigrados les venía mejor.

Como figuras de un belén veo ahora a las mujeres, mayores o mozas, lavando la ropa en los ríos o nacimientos cercanos. Van y vuelven canasta en anca, tabla estriada bajo el brazo y su pedazo de jabón manufacturado por ellas mismas. Secaba la ropa tendida el sol radiante que se balanceaba en los trapos limpiísimos y zurcidos.

El duro trillo en que estoy sentado me pide que recuerde la crudeza del día a día de las faenas agrícolas, aferradas a la esperanza. Como parte muy importante de la vida del pueblo guardo todo eso con cariño, pero ahora prefiero preguntarme por qué las puertas de las cuevas, incluso de noche, permanecían abiertas; prefiero ahora recordar a los vecinos charlando en sus puertas hasta altas horas de la noche; prefiero ahora recordar el cariño, la hospitalidad, la unión familiar, el valor de la amistad, de la alegría sana a pesar de la penuria de la post-guerra.

Hoy siguen las mismas calles serpenteantes, pero con un asfalto más firme para los motores de polución. Diría que le han depilado la cara al pueblo. No sé si queda más bonito. El campo, las eras, han

cedido terreno para nuevos edificios. El número de residentes, aun habiendo mermado a partir de los años 60, en época estival casi alcanza la cifra de los tres mil habitantes que tenía el pueblo en la década de los 50, pues en verano los inmigrantes regresamos a nuestro lugar de origen y es grande la atracción que ejerce el turismo rural nacional. El clasismo y el cacique se han alejado. Ya no existe el olor a tierra mojada ni a estiércol ni el sabor a pobreza. El sufrido y bello burro pardo sólo queda en las fotos y en el recuerdo de la gente.

Presente y pasado. No quiero comparar. No quiero ser un nostálgico, pero...



MI RAMERA



2007 11.11.07



ramera me llaman. Ramera en verdad soy. Mi nombre de bautismo, Remedios; para la gente, Reme. Tengo cuatro hijas en mi jardín: Marisa, Esther, Begoña y Altay. Mi ex-marido me las hizo. Yo las engendré con dolor y ahora, para alimentarlas con cariño, me he entregado con pena a esta “puta” vida. Vida dura; para mí, un trabajo, pues trotando y buscando, no pude encontrar otro. Me han tratado como lo que soy, una ramera. Con odio en mi sangre y en mis venas, destrozada y amargada mi matriz, mi fuente de vida, no siente el sentir. Mis clientes me dan asco; me repugna lo que hago. Mi felicidad se ha esfumado, se ha marchitado. He de callar cientos y miles de veces. Los luceros de mi alma, mis hijas, se encuentran en una ruinoso casa con goteras, donde chirrían los ventanales; casa de alquiler; trescientos cincuenta euros. Están hambrientas y anhelando verme y oírme cual los guácharos en el nido del álamo del Río Verde.



Me topé con Reme. Con ojos llorosos me miró suplicante, mostrándome sus corpiños. Enjaulado en su alto y bello cuerpo detecté un corazón sincero y tierno. Húmedos mis ojos, adiviné su tragedia y con amarga expresión la observé, mientras en mi interior le decía: *Niña, mi niña hermosa, no sufras, ten paciencia. Algún día no muy lejano -¡vive Dios!- abandonarás tu ingrato y duro trabajo y nadie sabrá, cuando te enamores, si fueron una o quinientas tus aventuras. El amor suplirá tus obligadas equivocaciones.*

Era un atardecer de verano, brisa agradable, olor a mies tardía, ausente de lluvia; sol no hiriente a esa hora, más bien apacible y agradable, “y yo me la llevé al río”, sabiendo - al contrario que Lorca- que era mozuela, pues ya no tenía marido, aquel marido que la abandonó con cuatro retoños empañados de escarcha helada; que la apaleó sin amor y con desdén. Allí, en el manantial y con el diálogo del agua, me desveló todo lo que había sufrido. Para pocos años, mucha pena y vida “laaaarga”.., larguísima. Me desveló los no deseos que le imponía su vida actual. Su corazón apretado esponjaba su llanto humedecido. Me limité a abrazarla. Sentí que por esta vez se sentía querida. Me miró con ternura y en sus ojos adiviné un deseo o una súplica: “Si con

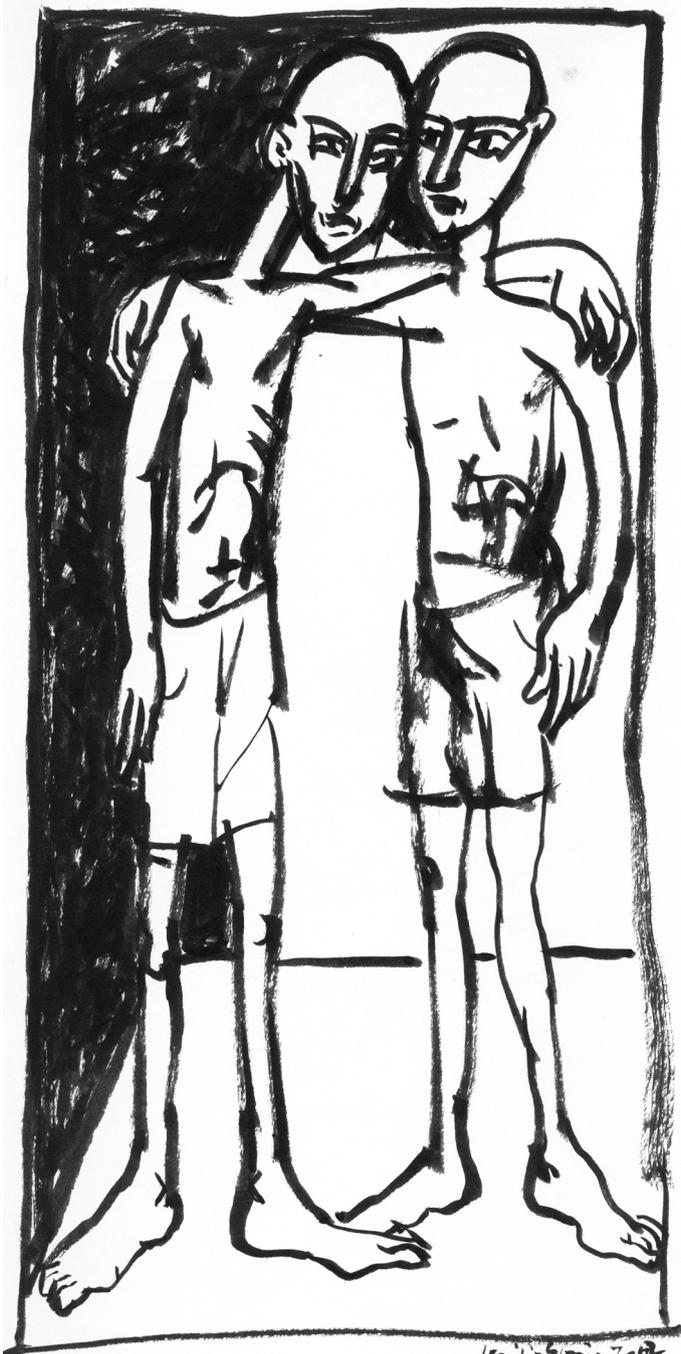
usted desposarme pudiera...”

- No, mi niña, - le respondí-; eres muy joven, y en mi vida ya casi es de noche. Yo hace tiempo que tengo una mujer muy querida y dos hijos.

Con dolor, con muchísimo dolor - mi corazón ya no sabía si estaba entero o si un hacha lo había partido en dos -, la cogí de la mano con cariño y mimo y, en silencio y como imantados, nos alejamos del río. Ella, taciturna, se marchó hacia el burdel. Yo, con sus pensamientos fundidos en los míos, rota el alma y con dolor hasta en mi aliento, me dirigí hacia mi hogar, hogar familiar que me acogía con el comfortable olor de las camisas que mi querida esposa acababa de planchar.

Ha pasado mucho tiempo. No la he vuelto a ver. A veces me pregunto qué será de Reme. No lo sé. Lo que sí sé es que el Evangelio las colocó entre las primeras, por delante de los hipócritas; que hay mujeres abocadas a la prostitución desesperada como Reme. Si Jesús las defendió, ¿quién se atreverá a despreciarlas y a tirar la primera piedra?

JIRONES HUMANOS



Luciano Espinoza 2008

 irones de carne en el asfalto. Son trozos de la sociedad, cantos rodados de un tortuoso río. Sus padres, con sentencia firme, están enrejados en cualquier prisión.

Carne de cañón son estos chicos y chicas, recién tocando con los dedos la vida. Las circunstancias les han obligado a robar y a drogarse y, para desgracia, tener una vida fugaz.

Nos llegan a los Centros de Protección muy huidizos, asustados, aturdidos, sin saber qué hacer. Nos miran de reojo. El odio y el dolor, hermanados, les acechan. Son los chicos del hambre, los sin techo, los llamados "perros callejeros", el deshecho de la sociedad.

Algunos no saben quiénes son ni por qué están entre cables y rejas. Los hay que ni conocen a sus progenitores. La mayoría de ellos proceden de los Hogares Infantiles, acunados allí recién nacidos y abandonados por sus madres, madres que parecieran, por las circunstancias, vientres de alquiler.

Ruedan los cangilones de los años; ven y vemos cómo crecen y se hacen conscientes. Ya sonríen, se nos acercan y sus deseos son desgarradores: quieren cambiar, ser otros, pero sus genes nos revelan lo contrario; a la más mínima nos la juegan, saltan la tapia y se escapan. A las dos horas suena el timbre de la puerta. Es un guardia con el chico; estaba robando en el Corte Inglés. “Don Miguel, perdóneme, no volveré hacerlo más”. Pero las normas del Centro de Protección hay que cumplirlas, por su propio bien y para ejemplo del resto de compañeros. Dos días en su habitación, aislado del grupo, eso sí, bien adecentada y con la puerta siempre abierta.

No obstante el Centro es su colegio, llámese como se llame; lo quieren y lo cuidan. Es su pan, su albergue; es su todo para el que no tiene nada. Son menores y según la ley vigente se encuentran refugiados y legalmente defendidos en el. En su interior reflexionan y se dan cuenta de que están bien amparados, lejos de la maligna y tentadora sociedad, pero casi siempre afloran sus genes, sus instintos, lo que en la calle han aprendido.

A mi mente me vienen a borbotones innumerables casos de todo tipo, que me desgarran las entrañas. Recuerdo a aquel chico, recién traído del Hogar. Tenía cuatro añitos, ni uno más. Su madre, sin derramar ni una lágrima, decidió abandonarlo.

Creció y lo recibimos en el Centro de Protección (más suave en normas que el de Reforma). Fue una larga convivencia con el resto de sus compañeros. A los dieciocho años debía abandonar legalmente el Centro, pero ¿adónde iba? Yo me lo llevaba de vez en cuando a mi casa para que jugase con mis hijos, más o menos de su edad. Pero el muchacho pensó que estaba en un estado de hospitalidad no beneficioso para él y decidió abandonar el Centro. Y un maligno día comenzó a caminar hacia Valencia, cabizbajo, con un palo y trapos en su zurrón. Iba con sus tres perrillos, sus amigos fieles de siempre, para los que en el Centro había hecho una cabaña que los protegiera de la lluvia y el frío. Yendo de camino se le escapó uno, blanquinegro, de piel sedosa. Fue a buscarlo y un camión muy largo terminó con la recién estrenada vida autónoma del muchacho. Allí quedó, rodeado del Chucho, del Coronel y del Canelo, sus perrillos, que aullaban de dolor y le daban lametadas de cariño como ellos saben hacer.

- Mi querido Pascual, Pascualín, que sin saber de números, dabas los duros sin control a la estanquera para pagarle el paquete de ducados. Pascualín, ¿dónde estás? Soy Don Miguel, el que te llevaba a jugar con sus hijos.

Pero mi Pascualín no me responde; deberá de

estar muy lejos pues, si me oyera, seguro que me daría una señal. Pasamos muchos años juntos. Ya está más cerca el día en que yo toque a su puerta y el me abra.

¿Y mi Juanico el “loco”, el “loco de Almería”? Era su apodo en la ciudad, buscador en los cubos de basura de cualquier alimento que llevarse a la boca. Un muchacho pobre, que no un pobre muchacho, pues en el Centro aprendió a buscar su sustento. Era duro, se enfurecía enseguida por cualquier contratiempo; cogía una barra de hierro y daba a diestro y siniestro sin que nadie se atreviera ni tan siquiera acercarse a él y menos a arrebatarle la barra.

¡Juanico! -con voz férrea y firme me dirigía a él -, dame la barra o diez puntos menos y a la cama después de cenar.

No entraba en mis cálculos por qué me hacía caso. Un día, paseando, me lo desveló:

- Tu es que nos das cariño, Don Miguel. - Y añadió: me llaman en el pueblo “el loco”.

- No, Juanico, tú no estás loco; te haces el loco, y así no se puede ir por el mundo.

- Tú eres muy listo, maestro - me respondió.

Pasado un tiempo, más de dos veces vino desde Almería a visitarme a casa:

- Gracias Don Miguel; me has hecho, aunque pobre, un hombre; ya no me llaman “loco; ahora

creo que soy el más cuerdo de la ciudad.

Cierto día que estoy viendo la televisión, comentan el caso de un joven que se ha encontrado en el contenedor de basura a un bebé; lo ha cogido y lo ha entregado a las autoridades competentes. Dicen el nombre, miro y era mi Juanico. El también había aprendido a recoger vidas humanas.

Y podría estar relatando cientos de casos, unos trágicos y otros menos: el del muchacho que no acertó a subirse al tren en marcha y fue arrollado; el del que conducía un renault cinco con siete compañeros dentro y chocó contra un árbol, accidente del que sólo se salvaron dos; el de mi Adolfo que, de tanto inhalar cola, se quedó en una silla de ruedas; el de mi Ismael que se duchaba con la ropa puesta para hacer la doble función de lavado a la vez y después se pasaba toda la tarde dando vueltas por el campo de fútbol hasta que se secaba por fuera y por dentro; el de Tomasín que de un chalet robó una escopeta, y gracias a un amigo, inspector de la Policía Nacional, pudimos solucionar el grave incidente Y así cientos y cientos, hasta cerca de tres mil.

Quizás un pequeño porcentaje de esos chicos se haya integrado en la sociedad. ¿Un cinco, un diez por ciento? No lo se. Lo que sí es cierto es que ha valido la pena darles a todos amor, cariño, alegría,

sustento; arrancarles de sus entrañas un poco de dolor y sacarles una sonrisa. Todos ellos conocen muy bien el Meleril, el Depakine, el Saforxide, el Aloperidol, el Diazepán el Esertia, el Besitrán, el Valium, el Dogmatil y otras cuantas decenas de medicamentos. Pero el tiempo que estuvieron con nosotros fueron felices, aunque fuera con farmacología, pero a base de humanidad.

Al que los ha visto pasar de cerca y alejarse por los caminos de la vida sólo le queda mirar al cielo y rezar con cariño. Que de ellos se apiade y encargue y el buen Dios.



Índice

LA COMPAÑERA DE MI VIDA.....	7
DE LA CUEVA Y SU GENTE.....	13
LA CUEVA SE DERRUMBA.....	23
DE LA MATANZA Y SU RITO.....	29
EL PASTORCITO.....	39
JORNALEROS: SEGADORES Y BARCINADORES.....	53
CURRITO.....	63
CHARLAR Y TAPEAR.....	73
LOS ANCIANOS DEL PUEBLO.....	85
CON LA «SEÑÁ» FRASQUITA.....	93
ASÍ ERA AQUEL HOMBRE.....	105
EL PUEBLO Y SU ALMANAQUE.....	115
MI RAMERA.....	125
JIRONES HUMANOS.....	131

